

un corcel de buena raza al sonido del clarín, que la aristocracia de que me habla es demasiado encopetada..... demasiado caballeresca, añadió repeniéndose, para adherirse jamás al trono de 1830. Ya conocerá V. que cuando se ha obstinado hasta el presente en morirse de fastidio en el fondo de esos castillos solitarios, no es á mí á quien está reservado el sacarla de ellos, ni en mis manos querrá abjurar sus ódios y sus creencias.

Amigo mio, todo cansa, hasta el aburrimiento, repuso sonriendo la marquesa. El fastidio es un maestro inexorable que ha domado ya infinitas almas y quebrantado infinitas convicciones. Pronto hará veinte años que habita con nosotros, que se sienta diariamente á nuestra mesa, y que se ve más constantemente en nuestros hogares, cada vez más severo y con la cara cada vez más adusta. El aburrirse podrá ser quizás una gran cosa; mas cuando uno lleva ya de aburrimiento cerca de veinte años, experimenta á pesar suyo, cierta necesidad de alegrarse, de distraerse un poco, de vivir como todo el mundo, y de poner buena cara á las gentes. Aquí para entre nosotros, y sin que vaya V. á revelarlo á nadie, debo confesar, que estamos rabiando en silencio y que nuestra fidelidad empieza á pesarnos.

—Pues entónces, señora marquesa, ¡qué diablo! exclamó en un momento de entusiasmo M. Le-

vrault, el cual andaba ya cerca del anzuelo; ¿por qué no se separa V. abiertamente de un partido sin porvenir, partido ¡que, hablando á V. francamente, no ha merecido jamás ni mi aprobacion ni mis simpatías? A la edad de V., señora marquesa, no es cosa de envolverse en un sudario, ni de ir á acostarse entre los muertos. ¿Por qué no habia V. de venir á las Tullerías? Estoy seguro de que el rey y la reina tendrían un placer singular en verla allí.

—No, amigo mio, no; repuso Mme. de la Rochelandier con melancolía. He ido demasiadas veces á aquel palacio para que me sea dable volver jamás, á ménos que algun día..... pero..... ni aún quiero pensar en ello. Me complazco en repetirlo, mi tiempo pasó ya; nada espero para mí acá abajo. Gaston, por su parte, irá á la nueva córte; mas se presentará en ella sin su madre.

—¡Qué digo! ¿Ha dicho V. que su hijo Gaston.....?

—Dios me libre de querer aprisionar su vida en el círculo de mis penas y de mis afectos. Gaston es jóven y ningun compromiso le liga con lo pasado: en su vida ha conocido á sus príncipes legítimos; cuando más se acordará de una manera confusa de la tempestad que hizo fracasar el antiguo trono de Francia, y lanzó al destierro á los últimos descendientes de uná raza de reyes. Gaston es un hijo del siglo. Su naturaleza y su alma se han des-

arrollado libremente en la atmósfera de las ideas liberales. En el colegio se sentaba en los mismos bancos que los príncipes de la rama colateral: así es que los ama y no lo oculta. De consiguiente, ya que puede adherirse á ellos sin vergüenza y sin faltarse á sí mismo, siga enhorabuena la corriente que le arrastra y cúmplase su destino.

—Con que es decir, señora marquesa, preguntó M. Levrault recalcando mucho sus palabras, que su hijo de V., M. Gaston, piensa adherirse formalmente al trono de Julio, y V. no trata de oponerle ningún óbice, ni de quitárselo de la cabeza?

—¡Qué quiere V., amigo mio! Confieso que algo me cuesta este sacrificio; mentiría si dijese lo contrario; pero despues de todo, me hago cuenta de que sea cual fuere la bandera que se tremole en el palacio de las Tullerías, siempre será la bandera de la Francia. ¿No le parece á V. que tengo razon?

—¡Qué si tiene V. razon! exclamó el fabricante, tragándose el anzuelo entero con toda la glotonería de un barbo; no solo la tiene V., sino que me llena con semejante proceder de admiracion y respeto. ¡Plugiese á Dios que todos los legitimistas fuesen lo mismo! ¡Siempre será la bandera de Francia! Aseguro á V., señora marquesa, que no recuerdo haber leído una frase tan soberbia en mi periódico.

—Sin embargo, debo confesar á V. que hay mo-

mentos en que vacilo al pensar que un hijo mio, que un la Rochelandier, va á prestar el apoyo de su nombre á un trono ante el cual no hubiera doblado seguramente ninguno de sus mayores la rodilla. A veces hasta se me figura que los retratos de sus abuelos entreabren sus labios para echarme en cara mi indigna debilidad.

—Otros tiempos, otras costumbres, señora marquesa. Cuando vivian, los antepasados de M. Gaston hicieron lo que les vino á las mientes; sufran por tanto que su nieto obre á su vez conforme le dicte su conciencia. ¿Dónde habria ido á parar el mundo, si cada generacion hubiera imitado servilmente á la generacion que le precediera? A la hora presente andaríamos vestidos aun con pieles de animales. Todo cambia, todo se perfecciona, todo se renueva. Los caminos de hierro han reemplazado á los caminos reales; la monarquía constitucional ha destronado al derecho divino. Mis padres tenian acerca de la alta industria ideas de las cuales estoy yo muy lejos de participar. ¿Qué tiene, pues, de extraño que su hijo de V. tenga en política ideas diferentes de las que tuvieron sus abuelos?

—En tal caso, adhiérase enhorabuena á la actual dinastía! dijo la marquesa con un gesto de resignacion. El día que haga tal un la Rochelandier será un día de regocijo para las Tullerías, al paso que lo será de luto en Frohsdorf.

—Pues bien, señora marquesa, quiere decir que en Frohsdorf tendrán que ponerse de luto; que M. de Chambord se haya empeñado en hacer de rey en un miserable castillo de Alemania, no es una razón para que la nobleza permanezca con los brazos cruzados en sus dominios, y se abstenga de tomar parte en el manejo de los negocios del país.

—¡Entonces que se adhiera! repitió la marquesa suspirando; ni quiero ni debo ser un obstáculo para la suerte de mi hijo. Mas, ¿cree V. que el trono de 1830 está sólidamente establecido? ¿Habría echado en el seno de la nación raíces profundas? ¿Lo juzga V. inquebrantable? La fortuna de los reyes, amigo mio, es muy vária. Cuando tres días han bastado para derrocar un trono que contaba de existencia muchos siglos, es muy lícito dudar de la longevidad de una monarquía que acaba de salir de la cuna. Por eso no quisiera que Gaston se acelerase, y desearia que observase la marcha de los acontecimientos, decidiéndose á aguardar un poco.

—¡Bah! ¿qué precisión hay de esperar? exclamó M. Levrault rabiando de impaciencia por apoderarse del yerno para que se adhiciese á la nueva monarquía. ¿Qué representa el reinado actual? la clase media. ¿Y ésta? la nación entera. De consiguiente, ¿cómo es posible que el trono de Julio sea derribado? Para eso sería preciso que la Fran-

cia consintiese en suicidarse. No faltan, sin embargo, algunas gentecillas que se permiten murmurar de las tendencias del gobierno, y que no tienen pelos en la lengua para hablar del próximo advenimiento de la República.....

—¿De la República? repuso la marquesa con desden. ¡Bah, esas gentes están locas! Al presente no hay ya revolución posible en Francia. Si la nación, en uso de su derecho, se decidiese á echar por tierra el trono que ha erigido por sus propias manos, solamente lo haría, solamente podría hacerlo para volver á la legitimidad. No es imposible que tal suceda. Pero de todos modos, no tendría por qué inquietarme acerca de la suerte de mi hijo. El trono de Julio podrá derrumbarse sin que Gaston quede sepultado entre sus ruinas. Adherido á la dinastía actual, no cesará de pertenecer á la antigua por su nombre, por su madre y por las tradiciones de su familia. Sean, pues, cuales fueren los huéspedes de las Tullerías, sus puertas se abrirán constantemente con orgullo ante un Rochelandier.

La marquesa hizo aquí punto para dar tiempo á que sus palabras infiltrasen en el espíritu de su compañero y produjesen el efecto deseado. Silencioso como ella, M. Levrault saboreaba con delicia gota á gota el brevaie embriagador que acababa de caer de los labios de su interlocutora. El mundo de los honores y de las dignidades volvía á abrirse

delante de él; allanábase de nuevo el camino del poder ante sus pasos, y todos sus ensueños y esperanzas, todas se despertaban batiendo las alas. Al perder al vizconde había encontrado un céntuplo más de lo que había perdido. Lisonjeábase ya de antemano con la gloria de presentar un marqués, un Rochelandier á la nueva córte, y hallábase decidido á sacar partido de esta hazaña. Un Rochelandier no era un grano de anís; preciso era por lo tanto ponerle precio.

Para colmo de ventajas, no había que temer cambio alguno de dinastía; fuese el que fuese, Gaston debía quedar siempre de pié. Dê manera que todo le sonreía; por todas partes se le presentaban goces, satisfacciones, promesas, seguridades. Ya no era cuestion sino componérselas de modo que la marquesa consintiese en una alianza con los Levrault, y para conseguirlo, tenía tantos recursos ingeniosos el ex-comerciante, sentíase el diablo del hombre tan retórico, tan astuto, que no desesperaba de alcanzar sus fines, prendiendo á la marquesa en sus redes.

—Hablemos de V., amigo mio, dijo la marquesa rompiendo el silencio; harto hemos hablado ya de Gaston. ¿En qué estábamos? ¿Qué era lo que yo decía á V.?

—Me decía V., señora marquesa, repuso M. Levrault, que no conocía casa alguna por noble

que fuese que no se considerase dichosa en admitir en sus hogares al ángel que Dios me ha dado por hija.

—Cierto que sí, amigo mio; mas ¿á qué viene?.....

—Viene á que..... Si yo recordase á V. algun dia esas palabras, y tomando á mi hija de la mano fuese á decir á V.: señora marquesa, nuestros hijos se aman, ¿le parece á V. que formemos de aquí en adelante una sola familia?

—¡Ah! en tal caso, responderia yo: ¡Bien venidos seais! exclamó la marquesa con efusion; bendito sea el dia que me depara una hija!.....

—¡Y á mí un hijo! exclamó M. Levrault cubriendo á besos la blanca mano de la marquesa, y estrechándola entre las suyas.

Luego, y en lo más fuerte de su emocion, se llevó el pañuelo á los ojos.

—¡Cómo! ¿qué es eso, amigo mio? preguntó con interés la marquesa: ¿habria tenido V. por ventura la desgracia de perder....?

—¡Ay! sí, señora; un hijo tan hermoso, tan rubio, tan blanco, tan sonrosado! ¡Perdido para siempre....! ¡Funesto recuerdo....! Fué en París..... un domingo que había fuegos artificiales en la plaza de la Concordia.....

—Vamos, amigo mio, repuso la marquesa, que no tenía curiosidad de saber más sobre este punto;

consuélese V. y no seamos ingratos con nuestro destino, mezclando fúnebres imágenes á los dulces goces de lo presente. Ya lo ha dicho V. antes: mi hijo hará las veces del que pasó á mejor vida.

Una hora despues de esta conversacion, la marquesa emprendió el camino de su castillo, y M. Levrault entraba con aire de triunfo en el aposento de su hija.

—¡Señora marquesa, dijo á Laura el ex-mercader; abraza á tu padre!

—¡Hijo mio, decia la marquesa á Gaston, así que regresó al castillo de la Rochelandier, abrázame; ya te he proporcionado algunos millones!

## X

La Bretaña habia dado do sí todo lo que prometia, puesto que la señorita Levrault era ya marquesa. El ex-mercader creía, por lo tanto, que de allí á algunos meses iba á ser presentado en la córte por su yerno, y su imaginacion le llevaba hasta el punto de figurarse que el rey le estrechaba entre sus brazos, y que le daría el título de conde. ¡El conde de Levrault! Esto sonaba mucho mejor á su oído que el título de baron, el cual le parecia ya poca cosa. Y efectivamente, ¿qué ménos que conde podia ser el papá suegro de un marqués? En cuanto á la senaduría, considerábala ya como cosa corriente, desde que el conde de Levrault entraba en el Luxemburgo como un asno en un molino. Esto, no obstante, rascábase el pobre hombre